

El premio

Ferran Ramon-Cortés



El premio

Ferran Ramon-Cortés



Título original: *El premio*
Autor: Ferran Ramon-Cortés
www.laisladelos5faros.com
<https://www.ferranramoncortes.com>



De la edición digital:

Ferran Ramon-Cortés, 2020
Diseño de cubierta: Andrea Ramon-Cortés
Diseño de interior y maquetación: Anna Julià

© del texto, Ferran Ramon-Cortés

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada
o transmitida por ningún medio
sin permiso del autor.

A Roser

Índice

Lunes 22 de diciembre	6
Martes 23 de diciembre	9
Miércoles 24 de diciembre	13
Jueves 25 de diciembre	17
Viernes 26 de diciembre	20
Sábado 27 de diciembre	25
Domingo 28 de diciembre	27
Lunes 29 de diciembre	31
Martes 30 de diciembre	33
Miércoles 31 de diciembre	36
Jueves 1 de enero	39
Viernes 2 de enero	42
Sábado 3 de enero	45
Domingo 4 de enero	48
Lunes 5 de enero	50
Martes 6 de enero	53
Miércoles 7 de enero	57

Lunes 22 de diciembre

Veintisiete mil trescientos treinta y dos. Es mi número, estoy seguro. Acaba en dos y todas sus cifras suman ocho. Lo están anunciando en las noticias: es el Gordo de Navidad. Busco los décimos en la cartera. El corazón se me acelera. Lo compruebo y sí, es mi número: ¡me ha tocado la lotería! Tengo treinta y cinco años, mi pareja me ha dejado y estoy quemado por un trabajo que hace mucho que ya no me gusta, pero mi suerte acaba de cambiar. Mi solitaria y estresada vida ha dado un vuelco espectacular.

No creía en la lotería. Solo compraba cada año una pequeña participación de la del despacho, por aquello de que si tocaba no tuviera que ser el único que continuara trabajando. Pero este año había sido diferente. Aquellos décimos los había comprado por una extraña intuición. El hombre que me los vendió me había abordado, un par de meses atrás, en el bar del hotel Pulitzer, en la plaza Catalunya, donde me había citado una periodista que no acababa de llegar. El individuo en cuestión era bastante singular, como salido de una película. Por su aspecto parecía mayor, aunque no me habría atrevido a ponerle edad. Muy delgado, con facciones angulosas y la espalda encorvada. Vestía un traje elegante pero gastado y tres o cuatro tallas demasiado grande. Y lo que más me llamó la atención: tenía una mirada realmente inquietante. Me ofreció lotería, pero de entrada yo la rechacé. Insistió prometiéndome que me tocaría. Miré a mi alrededor y vi que estaba solo. Ni la periodista ni el camarero habían hecho acto de presencia. Y sin un alma en el bar no tenía demasiada escapatoria. Me dijo que solo le quedaban aquellos décimos “acabados en dos y que suma ocho”, un detalle supersticioso que no significaba nada para mí pero que se me quedó grabado. Después de que el hombre me asegurase por segunda vez que el número tocaría, en un impulso se lo compré. Si alguna vez tenía que tocarme la lotería, quizás aquella debía ser la ocasión.

Y, en efecto, así había sido. Por la tarde, encerrado en el despacho, había recordado que era el día del sorteo. Había sintonizado las noticias en la radio y acababa de descubrir que, tal como me había prometido insistentemente el misterioso vendedor, me había tocado. Había ganado el Gordo: un millón y medio de euros. Una fortuna para alguien como yo. Finalmente había llegado el momento que tantas veces había soñado.

Estaba eufórico, no paraba de dar vueltas por mi despacho, totalmente excitado. Me moría de ganas por salir y anunciar a gritos la noticia. Abrazar a todo el mundo y celebrarlo. Y estuve a punto de hacerlo. Pero algo dentro de mí me frenó. Un millón y medio de euros era mucho dinero. Aquella era mi gran oportunidad. No tenía ganas de que todos me dijeran lo que tenía que hacer y cómo debía hacerlo. No me apetecía que, de repente, se me pegaran “nuevos amigos”. Más por intuición que por reflexión (me pasaban tantas cosas por la cabeza que no era capaz de pensar con claridad), decidí no decir nada. Nada de nada. Absolutamente a nadie. Por una vez, yo y solo yo tomaría las decisiones.

Me esfumé del despacho in llamar la atención y fui a buscar el coche al aparcamiento. Subí al vehículo y crucé la barrera de salida mientras dedicaba un breve saludo al vigilante. Tenía que pensar en muchas cosas. Tenía que hacer muchos planes. Recorrí el camino hasta casa como si flotara en una nube, como a cámara lenta. Las oficinas, la fábrica, el atasco de entrada a Barcelona, el trayecto por la ciudad... Aquella tarde todo me parecía muy diferente. Porque todo aquello podía, si yo quería, desaparecer de mi vida en cualquier momento.

Dejé el coche en el *parking* de casa y, en un ataque de paranoia, hice una última comprobación: antes de subir a casa me acerqué a la administración de lotería que hay justo enfrente. Estaba cerrada, pero en un gran pizarrón visible desde fuera anunciaban el Gordo. En efecto: era mi número. No había ningún error. Era millonario, tanto si me lo creía como si no.

En cuanto llegué al piso lo primero que hice fue dejar mi valioso tesoro en un lugar seguro. A la mañana siguiente los llevaría al banco. En realidad no corría ningún riesgo, porque nadie sabía que tenía los décimos, pero no me hubiera quedado tranquilo de no hacerlo. Eran el pasaporte a mi nueva vida y no quería ningún susto.

Estaba nervioso. La adrenalina me invadía el cuerpo. Como no podía salir a celebrarlo, opté por calmarme, instalarme cómodamente en casa y, cerveza en mano, disfrutar intensamente de aquel regalo del destino. Me sentía presa de una euforia que, con toda franqueza, no me dejaba pensar con demasiada lucidez. ¡Un millón y medio de euros! Bien administrado daba para tanto... Era mi gran momento. Hacía tiempo que no podía más, que quería cambiar mi vida. Ahora, por fin, podía hacerlo.

• * •

Martes 23 de diciembre

Veo mi cuerpo flotando en la piscina. Alrededor la gente continúa la fiesta. Beben, charlan animadamente, hacen su vida. Nadie se ha dado cuenta. Y yo estoy allí, flotando, sin que nadie venga a rescatarme... Me despierto de repente, totalmente bañado en sudor. Otra vez la misma pesadilla...

Hacía tiempo que me ahogaba. Me ahogaba de estrés en el trabajo y, como en el sueño, parecía que nadie se daba cuenta. Pero todo aquello estaba a punto de terminarse. Me había tocado la lotería y había tomado la determinación de cambiar de vida.

Desvelado por la pesadilla, me levanté y me puse en marcha. Eran las seis y media. Aunque era millonario, quería ir a la oficina. No sé si aquel comportamiento era demasiado sensato. Seguro que muchas personas, en mi lugar, se hubiesen esfumado para dedicarse a disfrutar de la situación. Pero yo tenía mi propio razonamiento: un millón y medio de euros eran, sin duda, una cantidad suficiente para cambiar de vida, pero no para pensar que la tenía solucionada para siempre, que no tenía que preocuparme nunca más de nada ni de nadie, y que podía permitirme desaparecer del mapa o cualquier otra excentricidad similar. Tenía que actuar con sensatez y hacer las cosas bien hechas: iría al banco, dejaría el billete en un lugar seguro y después iría al despacho. Al fin y al cabo era el último día laborable antes de Navidad.

Después de tomar un primer café en casa, me dirigí al banco. Al pasar por delante del quiosco no pude evitar detenerme y echar un vistazo a las portadas de los diarios. Todos sin excepción exhibían, en primera plana y con grandes caracteres, mi número. Octavio, el quiosquero, al verme con la mirada clavada en los diarios me hizo la temida pregunta: “¿Qué, ha habido suerte?” “¡Oh, ya

lo creo!” respondí, con tanta ironía como supe para que no interpretara mis palabras literalmente.

Una vez en el banco hice los trámites necesarios para alquilar una caja de seguridad. Me parecía estar viviendo una película: un empleado y yo bajamos la escalera hasta una cámara acorazada, él con una llave y yo con otra. El empleado se subió a una escalera, introdujo la llave en una pequeña caja rectangular y a continuación desapareció para que yo hiciese lo mismo con la mía y depositase lo que tenía que guardar en la más estricta intimidad...

Cumplido el trámite del banco, me dirigí al despacho. Me había mentalizado para no hacer nada que pudiese desvelar mi secreto. El reto era considerable, porque a mí nunca se me ha dado demasiado bien guardar secretos (nunca he mantenido ninguno más de veinticuatro horas, quienes me conocen lo saben muy bien). Me puse a trabajar con relativa normalidad, pero ya que era millonario me permití algunos lujos, como tirar a la papelera una veintena de correos electrónicos sin leer (supongo que los millonarios no viven esclavizados por la correspondencia) y posponer un par de asuntos pendientes para después de Navidad.

Tuve que asistir a una reunión. Como ya empezaba a ser costumbre en la empresa, alguien alzó la voz más de la cuenta, y así comenzó un fuego cruzado de reproches. Sin embargo, a diferencia de lo que habría hecho tan solo un día antes, esta vez me mantuve al margen. Lo observaba todo desde la barrera, sin inmutarme. Un millón y medio de euros pueden proporcionar mucha serenidad, mucha distancia.

A las dos en punto, ni un minuto más ni un minuto menos de la hora asignada, me despedí de todos y me fui. Seguramente fue una despedida un poco más efusiva de lo normal, fruto de la posibilidad de que decidiera no regresar una vez pasadas las fiestas navideñas. De todos modos, creo que nadie lo notó.

Aquella tarde empecé a vagar sin rumbo por las calles de Barcelona. Después del desconcierto inicial, con la cabeza un poco más clara, tenía que empezar a hacer planes de verdad. Se me ocurrían un montón de cosas para emprender mi nueva condición de millonario, y la tentación de hacerlas era considerable, pero más allá de las reacciones impulsivas se imponía reflexionar, trazar una hoja de

ruta precisa y sensata que me permitiese sacar todo el provecho del providencial golpe de suerte.

Mientras caminaba, empecé el proceso. El primer paso consistió en recapitular sobre mi situación. Mi vida era un desastre, ahora lo podía reconocer abiertamente. En el trabajo estaba absolutamente quemado. Hacía catorce años que trabajaba en la misma empresa y había perdido la motivación. Al principio el trabajo me apasionaba. Y lo cierto es que había progresado a lo largo del tiempo. Había conseguido un anhelado puesto en la dirección y un montón de privilegios, pero lo que comportaba el cargo no era ni mucho menos lo que había imaginado. Estaba cansado de tanta exigencia y tanta presión, y me sentía totalmente atrapado. Tenía la sensación de vivir cada jornada laboral como si se tratase de una carrera de obstáculos en la que conseguía salvar algunos mientras que a otros, simplemente, me los llevaba por delante. Y la carrera no se acababa nunca; a la mañana siguiente me encontraba con los mismos obstáculos y tenía que volver a saltar vallas, otra vez.

En la vertiente personal, las cosas no iban mucho mejor. La dedicación al trabajo no me había dejado tiempo para los amigos y, lo que es peor, acababa de perder una fantástica relación. Estaba solo y colgado. Tenía la sensación de estar arrastrándome por una vida que no era en absoluto la que yo quería, aunque sabía perfectamente que era la que yo había elegido en su momento.

Ya hacía tiempo que me sentía así. Pero lo cierto era que cada vez que sufría una crisis, que me parecía tocar fondo y me planteaba un cambio, acababa por desistir. Siempre llegaba a la conclusión de que no podía hacerlo, que era demasiado arriesgado. Romper con todo significaba renunciar a un sueldo magnífico, al coche, la Visa, el móvil de empresa, los viajes y todos los privilegios del cargo. Entonces me convencía a mí mismo de que no podía renunciar a todo aquello que tanto tiempo y esfuerzo me había costado conseguir. Acababa convenciéndome de que, en el fondo, mi trabajo era un gran privilegio y que era el mejor que podía llegar a tener.

Ahora todo era diferente. Con cinco décimos del Gordo en el bolsillo (o, mejor dicho, en la caja de seguridad del banco), no tenía que seguir engañándome a mí mismo. Ahora *sí* que podía cambiar las cosas. Ahora *sí* que podía cambiar de vida.

En un momento dado, dejé de deambular por las calles, entré en una papelería y me compré un pequeño bloc de notas. Justo al lado había un bar que parecía bastante tranquilo. Pedí un té y saqué el bloc. En la primera página escribí un título: “Manual para cambiar de vida.” Estaba nervioso. Me disponía a reescribir el guión de mi vida para hacerlo a mi medida. Tenía a mi alcance un privilegio reservado a muy pocos mortales.

Durante la primera hora que pasé en el bar, el bloc continuó intacto, sin nada escrito a excepción del título. Y es que en realidad no sabía por dónde empezar. ¿Cómo se escribía un nuevo guión? No tenía ni idea. Porque la cuestión no consistía en hacer cuatro cambios cosméticos, ni en arreglar cuatro problemas concretos. Tenía que darle la vuelta a todo, cuestionármelo todo y comenzar desde cero. Decidir qué quería hacer, cómo y cuándo. Y no volver a equivocarme, lo cual era, probablemente, lo que más me asustaba.

Me levanté de la mesa cuando todas las de mi alrededor tenían ya las sillas colocadas encima y el encargado barría sin disimulo debajo de mis pies. El bloc de notas seguía estando en blanco, pero mi cabeza había hervido de actividad durante todo el tiempo. Aunque no había escrito ni una sola línea, tenía claro por dónde debía empezar. *Tenía que poner orden en mi vida.* Este era el punto de partida.



Miércoles 24 de diciembre

Despertar millonario es, como mínimo, diferente. Levantarme me da da la misma pereza, pero hoy siento una dulce y desconocida sensación de ligereza. Por primera vez no he hecho el gesto casi automático de cada mañana sin excepción: cargar en mi “disco duro” todas las angustias y preocupaciones del día anterior.

Ya estaba oficialmente de vacaciones y me había tocado la lotería, pero a las siete de la mañana salté de la cama. Tenía trabajo. Y muchísima ilusión por hacerlo. Tenía la necesidad vital de seguir el proceso de reflexión iniciado la tarde anterior. De concretar mi plan y comenzar la nueva vida lo antes posible. Como al intentar reescribir el guión de mi vida corría el gran riesgo de perderme, me fijé una fecha límite para terminar el proceso: la noche del 31 de diciembre. Así, el dicho “Año nuevo, vida nueva”, esta vez se haría realidad.

Me duché, tomé un café rápido y salí. Eran las siete y media. La ciudad estaba empezando a despertar en un día que para muchos era festivo, y por eso no había demasiada gente ni tráfico por la calle. Me dirigí al bar de la víspera, donde había empezado mi reflexión. Quise compensar la larga estancia del día anterior con un té como única consumición pidiendo un copioso desayuno, y me dispuse a trabajar: *orden* era la palabra clave y el punto de partida. Pero, ¿cómo poner orden en mi vida?

A fin de aclarar las ideas, recuperé el bloc y apunté todo lo que había estado haciendo últimamente. Me salió una lista larga, llena de cosas a las que no encontraba ningún sentido y que no tenía ningunas ganas de seguir haciendo. En la página de al lado escribí todo lo que me hubiera gustado hacer y que, por algún motivo, no había llevado a cabo. La lista también era larga. Con las dos

listas delante, enseguida me di cuenta de la gran diferencia que había entre lo que estaba haciendo y lo que habría deseado hacer.

Ahora podía cambiar las cosas. Hacer lo que realmente deseaba y dejar de hacer lo que no quería. Pero enseguida fui consciente de que no era tan fácil, porque las cosas que hiciese, además de desear hacerlas, tenían que tener algún sentido. Un sentido que solo podía deberse al hecho de que contribuyeran a un proyecto vital. Me faltaba, por tanto, lo fundamental, la respuesta a la pregunta más importante: ¿cuál era mi proyecto vital? O, dicho de otra manera, ¿qué sueño deseaba perseguir?

Trabajar en una gran empresa había sido, sin duda, mi gran sueño en la época de estudiante. Me deslumbraban las posibilidades de hacer carrera, los viajes, trabajar en diversos países, los medios que podía tener a mi alcance... Y también creía que, de alguna manera, podía contribuir a “construir un mundo mejor”. Mientras confié en aquel sueño lo hice razonablemente bien, y en consecuencia me fue razonablemente bien. Aprendí y progresé, porque como creía en mi trabajo me dedicaba a él en cuerpo y alma, y eso se notaba. El problema llegó cuando me di cuenta de que todo aquello, en el fondo, ni era como lo había imaginado ni encajaba con mi manera de ser. Descubrí que en un sistema como aquel mi contribución personal era muy pequeña, si es que existía. Que las reglas del juego no las marcaba yo, sino un insaciable mercado financiero que no tenía medida. Y que, de cambiar el mundo, nada de nada, ya que todo se reducía a los resultados económicos. Todo el conjunto era bastante incompatible con mi manera de ser. Me sentía –sobre todo en los últimos años– prisionero en un sueño equivocado.

Pero lo cierto es que, a medida que me iba desilusionando, tampoco me planteaba seriamente ninguna alternativa. No me había preocupado por identificar y perseguir un nuevo sueño que fuese realmente conmigo y me devolviese la ilusión. Ahora había llegado el momento de hacerlo porque, además, podía llevarlo a cabo. Así que me puse manos a la obra.

Para no engañarme con ideas irrealizables, me impuse algunas condiciones: tenía que ser, en primer lugar, algo que conociera y supiera hacer (la tentación de caer en ideas fantasiosas es considerable, pero es mucho más fácil conseguir la

excelencia en aquello que sabes hacer que alcanzar una mínima competencia en lo que no sabes hacer). Tenía que ser también algo que me aportase unos ingresos suficientes (el premio me proporcionaba una buena dosis de tranquilidad, pero a mis treinta y cinco años no podía ni quería plantearme dejar de trabajar). Y, finalmente, la actividad en cuestión tenía que hacerme especialmente feliz (siempre que me ha gustado lo que he hecho me ha salido bien; disfrutar de lo que haces es la mejor garantía de éxito).

Tenía un buen punto de partida para reflexionar, así que a media mañana me permití una pausa. A fin de “estrenar” mi condición de millonario, me fui a ver tiendas. Era la víspera de Navidad y quería comprar buenos regalos para dárselos a mi familia al día siguiente. Podía permitirme el lujo de ser más generoso que de costumbre y me apetecía serlo, aunque de momento tuviese que pagar a crédito, Visa en mano.

Disfruté eligiendo los regalos e imaginando las caras de todos cuando abriesen los paquetes, aunque no sabía exactamente qué les diría para justificar aquel gasto extraordinario. Cuando terminé decidí volver a pie a casa. No tenía prisa, y pasear me ayudaba a reflexionar con calma. Quería identificar mi nuevo sueño, si es que era capaz de hacerlo.

Buscando pistas que me ayudasen en la tarea, rememoré las cosas que me habían hecho más feliz. Me sumergí inevitablemente en mi pasado y, debido probablemente a una trampa del subconsciente, en el camino de regreso a casa, aparecí sin darme cuenta en la esquina de la calle Manuel Girona con Capitán Arenas. Me encontraba concretamente delante del número 56, la casa donde nació y donde había transcurrido mi feliz infancia, un tiempo durante el cual todo estaba por hacer y en el que todavía podía perfilar mi destino.

Mientras identificaba visualmente las ventanas de la quinta planta, en la que yo había vivido, y recordaba los tiempos en que había tomado las decisiones que más me habían condicionado, pensé que en el fondo todos elegimos nuestro destino cuando todavía sabemos muy poco sobre nosotros mismos y sobre la vida. Había optado por una carrera –como casi todos los estudiantes– a los dieciocho años. Mi primer trabajo lo había elegido a los veintidós. Y lo había hecho ignorando prácticamente del todo lo que me esperaba.

A medida que pisaba los escenarios de mi pasado (la pastelería, el quiosco donde compraba el periódico de los domingos, la farmacia que se encontraba en la misma portería...), reflexioné sobre las decisiones tomadas en aquellos primeros años y sobre las cosas que hubiera podido hacer de otra manera y que habrían influido en una vida muy diferente. Pero enseguida me di cuenta de que aquello no me conducía a ningún lugar, que era una pérdida de tiempo. No tenía ningún sentido lamentar nada del pasado ni de las decisiones tomadas. En el fondo, el pasado había sido mi maestro, y con toda seguridad lo había aprendido todo de él, había llegado a donde estaba gracias a él, era el responsable de mi bagaje. Además, estaba convencido de que, si hubiera tenido que volver a vivir, habría tomado en cada momento exactamente las mismas decisiones. No se trataba de cambiar ni una sola coma del pasado, sino de entender que todo lo que había vivido hasta el momento presente había sido mi particular aprendizaje, y que en la nueva etapa que ahora se abría estas enseñanzas serían fundamentales para poder tomar mejores decisiones.

En medio de aquel nostálgico viaje al pasado, oscureció. Era Nochebuena. Año tras año había celebrado aquella fiesta con mis padres, pero esta vez les dije que iba a cenar en casa de unos amigos. Tal decisión me permitía quedarme tranquilamente en casa, que era lo que más deseaba en aquel momento.

Con la satisfacción de los regalos comprados, y exhausto por tantas horas de intensa reflexión, me fui a dormir. La revisión del pasado me había dejado un montón de imágenes para procesar. De todo aquello tenía que salir algo.



Jueves 25 de diciembre

Me despierto con una imagen nítida en la mente, una imagen recuperada del fondo de mis recuerdos: tengo ocho años. Estoy de vacaciones en L'Estartit. Mi padre llega de Barcelona para pasar el fin de semana con nosotros y me trae un regalo. Lo abro emocionado. Es una cámara. Una Kodak Fiesta. Me enseña cómo funciona y tomo mis primeras fotografías. Empiezo a mirar la vida a través del objetivo...

Por la mañana lo vi claro. Mi subconsciente había hecho su trabajo. Aquel era sin duda el sueño: la fotografía. Lo había tenido delante de mis ojos desde muy pequeño y simplemente no había tenido la clarividencia o quizás el valor suficiente para perseguirlo. Pero ahora las cosas se situaban en el lugar que les correspondía y las piezas encajaban.

La fotografía siempre había sido una parte importante de mi vida. Hacía fotos a todas horas. Después de aquella primera cámara de mi padre tuve muchas otras. Siempre iba a todas partes cargado con una cámara fotográfica. Recordaba perfectamente el primer aparato profesional que tuve, y también el primer laboratorio que monté en casa. Después vinieron los primeros encargos profesionales, e incluso una exposición.

Pero entonces llegó el momento de plantearme realmente mi futuro y tomar decisiones. Y elegí seguir la carrera de ciencias empresariales, abandonar la fotografía como opción profesional y practicarla como puro entretenimiento.

Con el nuevo rumbo que habían tomado las cosas, ahora tenía la oportunidad de volver atrás y revisar aquella decisión. Sentía que llevaba la fotografía dentro de mí. Como sueño, reunía a la perfección las condiciones que me

había propuesto: sabía que era bueno haciendo fotografías; me veía capaz de ganarme la vida haciéndolas. Y, por descontado, sabía que me sentiría extraordinariamente feliz si me dedicaba a ello.

Ilusionado y distraído por el descubrimiento, el tiempo me había pasado volando. Como siempre por Navidad, toda la familia se reuniría para comer. Tenía el tiempo justo de cambiarme y dirigirme a casa de mi hermano. No sabía si resistiría la tentación de explicarles la historia de la lotería, pero sentía que aún no debía hacerlo. No estaba preparado para sus comentarios y temía que me confundiesen señalándome lo que tenía y lo que no tenía que hacer. Acababa de empezar a definir mis planes y quería estar aún más seguro de mis decisiones. Llegué a la hora acordada (en casa somos enfermizamente puntuales) y enseguida intercambiamos los regalos. Los míos provocaron más de un comentario. Escuché cosas como “¡Caramba, qué generoso!” O “¿A qué viene...?”.

Acabamos tardísimo, como cada año. La comida se alargó hasta la hora de la merienda e incluso más, hasta la cena. Yo había previsto desaparecer a media tarde con alguna excusa, ya que sentía la necesidad de disponer de aquel tiempo tan precioso para mis reflexiones. Pero me lo estaba pasando bien, y quizás aquella era otra de las cosas que me podía permitir como millonario: disfrutar intensamente y sin límites de lo que me gustaba. Aprovechar al máximo los buenos momentos, gozar de las cosas tal como vienen, sin condicionamientos ni restricciones. Cuando decidimos dar por terminada la velada, regresé a casa a pie. Me iría bien un poco de aire fresco después de tantas horas sentados a la mesa.

Mientras subía por el paseo de Gracia, empecé a mirarlo todo con ojos de “fotógrafo profesional”, como había hecho años atrás. Encuadraba escenas con las manos, buscaba juegos de luces, me fijaba en las expresiones de las personas con las que me cruzaba... ¡Y estaba encantado! Mi sueño iba tomando cuerpo. Estaba decidido a hacer de mi afición mi oficio, como cuando era joven. Me apetecía especialmente trabajar con la gente, descubrir su personalidad y plasmarla; por lo tanto, me dedicaría a los retratos.

Me daba cuenta de que estaba haciendo algo importante: tomar decisiones. Y lo era porque lo que sucediera en el futuro dependería, precisamente, de estas decisiones, del mismo modo que mi presente era consecuencia de las decisiones

que había tomado en el pasado. A menudo había tenido la tentación de pensar que mi vida era fruto de las circunstancias que habían rodeado cada momento, pero esto era falso. Solo se trataba de una buena excusa para no responsabilizarme de mi realidad. Estaba claro que mis decisiones me habían conducido hasta donde me encontraba, y no mis condiciones. Y llegaría a donde llegara en función de las decisiones que tomase a partir de aquel instante, y no de las condiciones que me fuera encontrando por el camino. De modo que tomando decisiones y asumiéndolas, también me hacía responsable de mi vida, lo cual me permitía sentir como algo muy mío el “nuevo guión” y vivirlo con la máxima intensidad.

Emocionado con la idea de ser fotógrafo profesional, lo primero que hice al llegar a casa fue buscar y recuperar la primera Leica que había tenido. Era una cámara manual, que también me regaló mi padre cuando cumplí los dieciocho años. Había hecho miles de fotos con ella y los años la habían convertido en una codiciada pieza de coleccionista. La había jubilado y sustituido por una moderna Nikon en el momento en que la fotografía digital enterró definitivamente a la analógica, pero tenía ganas de volver a sentirla entre mis manos. La saqué de su estuche, la limpié con cuidado y, mientras lo hacía, empecé a imaginar cómo llevaría a cabo todo mi plan. ¿Cómo pondría en práctica mi cambio de vida? ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Me saldría bien? Era consciente de que un millón y medio de euros me podían ayudar muchísimo, pero también sabía que el dinero no lo es todo. Era necesario que detrás del nuevo sueño hubiese un buen plan.

Agotado por las siete largas horas de “comida” familiar, me quedé dormido en el sofá con la antigua Leica entre las manos. Debía ser de madrugada cuando mi piloto automático me trasladó hasta la cama.

• * •

Viernes 26 de diciembre

Cada imagen es perfecta. Cada retrato saca a la luz el alma del personaje. Me paseo por la sala absolutamente emocionado. Me quedo atrapado ante el retrato de Albert Camus, intentando comprender qué lo hace tan mágico: el encuadre, la luz, el fondo desenfocado...

En cuanto me levanté, con la distancia que me proporcionaban las horas de sueño, revisé las decisiones del día anterior para, a continuación, plantearme la siguiente pregunta imbuido de “pragmatismo matinal”: ¿de verdad tenía sentido mi decisión?

Intuitivamente me respondí a mí mismo que sí, pero quería estar seguro al cien por cien. Solo así podría avanzar con el plan. Recuperé el periódico del día anterior, y buscando las páginas de la cartelera encontré el lugar ideal para confirmarlo: una exposición de fotografía. Y no una exposición cualquiera: la colección de los mejores retratos de Cartier-Bresson. “Abierto festivos, entrada libre”.

Me presenté allí al cabo de muy poco tiempo, decidido a “percibir” en la piel si realmente quería ser fotógrafo. En medio de aquellas impresionantes imágenes me sentía emocionado. Habría renunciado a buena parte del premio a cambio de firmar uno de aquellos retratos. Sí, definitivamente aquel era mi sueño. No necesitaba darle más vueltas. Había pasado la prueba del pragmatismo matinal.

Con los sentidos completamente inundados por los magistrales retratos, me dirigí al pequeño bar de la sala de exposiciones (no había ni un alma, siendo como era San Esteban, festivo en Barcelona) y, con un bocadillo en las manos, recapitulé. Había recuperado mi antiguo sueño, la fotografía, y estaba decidido a convertirlo en mi profesión. Era mi elección, y una decisión firme con la que de alguna

manera ponía en orden mi vida profesional. Pero, a la vez que daba por cerrado aquel capítulo, me daba cuenta de que la decisión no bastaba para cambiar las cosas. También tenía que bajar a la cotidianeidad y poner orden. Tenía que abordar un segundo capítulo del plan: *organizar mi tiempo*. Podía tener –como estaba convencido de que tenía– un gran proyecto entre manos, pero si no era capaz de organizar mi tiempo me vería lejos de poderlo poner en práctica y conseguir el cambio de vida global que perseguía.

No necesitaba mirar demasiado hacia atrás para saber que no había administrado bien mi tiempo en absoluto. En el trabajo, los últimos años habían sido como una interminable jornada en las urgencias de un gran hospital. Siempre corriendo. Siempre apagando fuegos. Intentando solucionar una crisis tras otra. Pero con una diferencia sustancial: yo no salvaba vidas. Un retraso de veinticuatro horas no significaba el fin del mundo, como a veces les podía parecer a algunos de los que me rodeaban.

No me sentía en absoluto dueño de mi tiempo. Las cosas importantes las dejaba sistemáticamente enterradas bajo montañas de problemas que urgían, bajo capas y capas de preocupaciones inmediatas. Iba absolutamente errado en mis prioridades.

Después del bocadillo recorrí por segunda vez la sala de la exposición. Envuelto de nuevo por los impactantes retratos del maestro Cartier-Bresson, me di cuenta de un detalle revelador: era la primera vez en catorce años que dedicaba un poco de tiempo a pensar en mí y en mi futuro para mirar un poco más allá del mañana. Para “afilarse la sierra para continuar serrando”. Me lo había propuesto un montón de veces, pero nunca había llegado a hacerlo. Había tenido que producirse un acontecimiento tan excepcional como que me tocara la lotería para hacerlo.

Si quería ser sincero conmigo mismo tenía que reconocer que no era cierto –como me había repetido hasta la saciedad–, que *no dispusiese de tiempo* para algunas de las cosas que quería hacer. Lo que pasaba era que lo utilizaba equivocadamente. Lo derrochaba aceptando tareas que no habría tenido que aceptar o bien en compromisos que alguien había colocado –sin que yo lo impidiese– en mi agenda. La prueba era que ahora me dedicaba unos días libres, sin compromisos, totalmente para mí, y tenía tiempo de sobras. Me permitía vagar por las calles, mirar a la gen-

te, quedarme abstraído ante los edificios... Incluso descubriría cosas de mi ciudad que siempre habían estado allí, delante de mis ojos, y que no había visto nunca.

Decidí volver a casa dando un largo paseo (¡tenía tiempo suficiente!). Sabía que tenía que administrar mi tiempo de otra manera. Y me asaltaba una gran duda: ¿cómo podía saber a qué dedicarlo? ¿Era una cuestión simplemente de intuición o había algo más?

Después de identificar mi sueño, enseguida comprendí cuáles tenían que ser mis prioridades: debía concentrarme en todo aquello que contribuyese a realizarlo y dejar de hacer todo aquello que no me ayudara a conseguirlo. Así podría organizar el tiempo profesional y a la vez sería capaz de liberarme para mi otro gran objetivo vital: las relaciones personales. El criterio era muy claro: todo lo que no favoreciera a mi sueño o no me ayudara a fortalecer las relaciones no tenía que contar con un espacio en la planificación de mi tiempo.

Me daba cuenta de que tenía que ser despiadado y no “regalar” mi tiempo sin sentido. Pero, ¿cómo podría deshacerme de las cosas que sentía que no debía hacer? Porque era muy cierto que nunca había sido capaz de hacerlo.

Oscurecía. Era prácticamente el día más corto del año, y mientras me dirigía a casa me repetía la misma pregunta una y otra vez: ¿cómo puedo deshacerme de las cosas que siento que no debo hacer? Entré en un café y pedí una bebida caliente que me ayudase a combatir el frío. La respuesta a la pregunta era obvia, pero me resistía a aceptarla. Solo hay una manera de deshacerse de las cosas que uno siente que no debe hacer, y es aprendiendo a decir *no*.

Si me costaba reconocerlo era porque yo no lo sabía hacer. No había sabido hacerlo nunca. Me dolía decir que *no*. Era consciente de todos los argumentos necesarios para hacerlo: que vale más decir *no* que acabar quemado y, además, hacer las cosas mal; que no pasa nada si dices que *no* y es un *no* razonado y sincero; que en realidad, la gente siempre prueba a pedirte las cosas, y que casi siempre acepta un *no* más fácilmente de lo que a menudo creemos o tememos... Todo esto lo sabía perfectamente, pero no me había ayudado a ser capaz de dar un sencillo *no* como respuesta en el pasado.

De repente, supongo que como consecuencia a la fuerza que da saberte propietario de cinco décimos de lotería premiados, sentado en aquel bar, lo vi todo de una forma mucho más sencilla. Como no había sabido decir *no*, me había cargado día tras día con un montón de tareas extras y me había perdido muchos buenos momentos compartidos con mi familia y mis amigos en beneficio de una carrera profesional que sentía agotada, así como de compromisos con personas que no me interesaban. ¿Podía haber algo más absurdo?

Sabía perfectamente por qué me sucedía aquello. La culpa la tenía la necesidad de quedar bien con todo el mundo, de no decepcionar a nadie. Y aquel comportamiento, que nacía de mi inseguridad, me exigía pagar un precio muy alto. Por no saber decir *no*, había dejado de tener tiempo para mis amigos. Los que más quería siempre se encontraban al final de la lista. Y, por extensión, lo que más ilusión me hacía a mí siempre quedaba relegado a la lista de espera. Mi comportamiento no podía ser más irracional.

Aquella visión de las cosas me impactó. Y en el fondo me lo ponía todo mucho más fácil. No tendría que costarme nada decir *no* a alguien si era consciente de que aquello comportaba defender el espacio de los que más quiero y la posibilidad de realizar aquello que más me ilusiona. El razonamiento me daba una fuerza extraordinaria. Incluso tenía ganas de que surgiera cuanto antes la oportunidad de dar un primer *no* como respuesta.

Tantos años actuando de aquella manera me habían hecho mucho daño. No saber decir *no* me absorbía la energía y me robaba el tiempo, un tiempo que necesitaba recuperar urgentemente para volver a hablar, compartir y preocuparme de quienes me importaban de verdad. Aquello de llegar a casa agotado el viernes por la tarde, sin energía para el fin de semana por culpa de todas las tareas asumidas sin queja, se tenía que acabar. Tenía que terminarse dejar de luchar por la siesta del sábado como si se tratase de oxígeno imprescindible para afrontar la semana siguiente. Yo había creído que el trabajo había marcado el fin de la relación con mis amigos y con gran parte de mis conocidos, pero ahora veía que aquello era mentira. Yo era el responsable, porque lo que hiciera con mi tiempo solo dependía de mí.

Cuando emprendí nuevamente el camino hacia casa (había vuelto a entrar en calor, no sé si por la bebida que había tomado o por una reacción fisiológica con-

secuencia de mi reflexión), pensé en quién se había llevado la peor parte de aquella historia. Su nombre apareció enseguida: Susanna. Habíamos estado juntos casi cuatro años. Era una relación que había mimado y cuidado al principio, pero que había desatendido del todo en los últimos años. Cuando lo dejamos me hizo muchos reproches sobre mi humor y mi falta de ilusión, sobre todas las cosas que habíamos dejado de hacer... Ahora ya no había vuelta atrás, pero había tomado la determinación de que no volviera a ocurrirme nunca más.

Cuando llegué a casa quise ponerme a prueba. Pensé qué podía representar un buen uso de mi tiempo. Y puse en práctica la teoría: descolgué el móvil para llamar a mi madre:

—Voy a cenar contigo, si te va bien, pero no prepares nada. Solo quiero hablar contigo un buen rato, como hacíamos antes...

• * •

Sábado 27 de diciembre

Treinta y cuatro pies, dos años de antigüedad, tres camarotes. Solo un centenar de horas de navegación y perfectamente equipado. Es exactamente lo que estoy buscando. Hoy no he venido a mirar, como tantas otras veces. Esta vez he venido a comprar..

Había programado el despertador a las ocho de la mañana. Teniendo en cuenta que era sábado, que estaba de vacaciones y que era millonario, el gesto podía parecer totalmente innecesario, pero no lo era: aquella mañana tenía una cita importante. Había quedado con un vendedor en el puerto de Arenys de Mar. Y es que, después de años de contemplar barcos en todos los puertos que visitaba y tras media docena de salones náuticos estudiando presupuestos, por fin, inesperadamente, estaba a mi alcance: podía comprarme mi anhelado velero.

Me encanta el mar y amo la vela. He hecho muchas travesías como tripulante en embarcaciones de conocidos o de amigos... Y ahora tenía la ocasión de tener mi propio barco. Justo delante de mí había uno que se ajustaba perfectamente a mis deseos. La verdad es que las cosas se ven de una manera muy diferente si solo quieres curiosear o si realmente quieres comprar. En este último caso eres más exigente, así que inspeccioné el velero de arriba abajo y de proa a popa, sin obviar ningún detalle. Desmonté algunos paneles para comprobar el estado de las instalaciones; puse el motor en marcha para oír cómo sonaba; probé bombas, luces, instrumentos... Y cuando terminé, el vendedor me acompañó a la oficina para hacer números. El precio era razonable (correspondía a una pequeña parte de mi nuevo patrimonio) y significaba hacer realidad una de mis ilusiones. Salí con el presupuesto en la mano y el número de cuenta debidamente anotado para el envío de la transferencia de la paga y señal. Tendría que esperar hasta que cobrara el premio, y en cuanto pudiese hacer el pago, estrenaría el velero.

Sin ninguna prisa por volver a casa, di un largo paseo por el puerto. Quería familiarizarme con su entorno, sentirme parte de él, ahora que estaba a punto de ser propietario de uno de aquellos veleros. Me imaginé a mí mismo visitándolo cada fin de semana para navegar –los días que hiciese buen tiempo– o para realizar pequeñas reparaciones –los días que no pudiese salir. También me imaginé disfrutando de mis vacaciones de verano a bordo, sin planes ni prisas, viajando de puerto en puerto según el tiempo... Todo aquello me encantaba.

A media mañana me detuve en el único bar abierto del puerto para desayunar por segunda vez. Estaba a punto de materializar una vieja ilusión, y me di cuenta de que, otra vez, aquello implicaba un cambio. Por fin me atrevía a hacerlo, por fin convertía en realidad una ilusión, sin remordimientos y sin “nudos en el estómago”. Nunca lo había podido hacer hasta aquel momento. Me parecía normal que los demás alcanzaran y disfrutaran sus ilusiones, pero yo no me concedía este privilegio. Siempre consideraba que no debía hacerlo y que había otras prioridades. Las pocas veces que había materializado alguna ilusión me había sentido fatal, como si no me lo pudiera permitir, como si no me lo mereciera. Ser capaz de hacerlo ahora y disfrutar plenamente era toda una novedad para mí.

Todavía me quedé un buen rato en el puerto, y el resto del día ya no hice nada más. La compra del velero había acaparado toda mi atención y no dejaba espacio para ninguna otra reflexión. Por la noche, en casa, pensando un poco más en la decisión que había tomado, me di cuenta de que seguía sintiéndome muy bien, lo cual decía mucho de lo que podía ser mi vida en adelante.



Domingo 28 de diciembre

Hace cinco años que no nos vemos, pero nada se ha perdido entre nosotros. Tenemos la suerte de podernos mostrar tal como somos y de que ninguno de los dos espera nada del otro. Este es nuestro gran tesoro. Mientras compartimos unas bravas en el bar Tomás, nos ponemos al día de nuestras respectivas vidas. Y aunque no quisiera revelar mi secreto todavía, a él no le puedo engañar...

Era domingo. El día era gris y húmedo. Bajé a comprar el periódico y volví a casa con todo el grueso de suplementos y propaganda que irían directamente al cubo de la basura. Mientras desayunaba revisé el punto en el que me encontraba, adónde había llegado. Faltaban tres días para fin de año y mi plan iba tomando cuerpo. Sabía cuál era mi sueño y cómo quería administrar mi tiempo, pero todavía me quedaba mucho sobre lo que reflexionar.

Sonó el móvil. Era Alberto, mi amigo del alma. Se encontraba de paso por Barcelona y me proponía ir a tomar juntos el aperitivo. Me dio una gran alegría, ya que desde que se fue a vivir fuera prácticamente no le había visto.

Compartimos un buen rato juntos en el bar de siempre, con una larga y agradable conversación que, como era habitual, contó con una buena dosis de filosofía. Al final del encuentro me preguntó:

—¿Qué planes tienes para el año que viene?

—A ti no te puedo engañar. Mi vida está a punto de dar un vuelco espectacular. No te puedo dar detalles todavía, pero te prometo que serás el primero en saberlo...

—¿Será un cambio para bien?

—Sí, lo será.

Esto fue todo lo que me preguntó. Como siempre, aceptó totalmente la situación. No me presionó para saber más de lo que yo le había querido explicar. Aquella era la muestra más pura de nuestra mutua confianza.

Acompañé a Alberto a casa de sus padres y aproveché la ocasión para subir a saludarlos. ¡Había pasado tantas horas en aquella casa! Y aunque había previsto salir después de aquel encuentro para relajarme y seguir haciendo planes, el tiempo que había compartido con él me había removido por dentro, y necesitaba urgentemente saber por qué.

Intenté averiguarlo mientras caminaba de regreso a casa. La charla con Alberto había sido, como siempre, un regalo para mí (un regalo que, en este caso, no tenía nada que ver con el premio). Mi amigo tiene la virtud de ser un espejo extraordinario. En él me veo reflejado —y quizás él es la única persona con quien me ocurre algo así— exactamente tal como soy. Durante un rato me había sentido muy yo. Y ese era, precisamente, el problema: solo lo había sentido durante un rato, y hacía demasiado tiempo que no me sucedía. ¿Qué me había pasado? La verdad era que en la vida diaria ya no me reconocía a mí mismo. Mis comportamientos no reflejaban en absoluto mi personalidad. Había perdido mi autenticidad progresivamente. No sabía ni cuándo ni cómo había ocurrido, pero tenía claro que no era el mismo de antes y que tampoco me gustaba quien era ahora. Actuaba siguiendo un guión misterioso. Un rato al lado de Alberto, compartiendo unas tapas, me había ayudado a verlo con la mayor claridad.

Todo aquello debía de tener una explicación. Tras repasar los acontecimientos recientes, llegué enseguida a una conclusión: no era yo mismo porque siempre intentaba ser el que creía que a los demás les gustaría que fuese. Vivía demasiado pendiente del hecho de agradar, de buscar la aceptación de los otros. Quería caer bien, y eso me hacía actuar y decir cosas que no salían de mí. El comportamiento exterior no reflejaba en absoluto mi interior. El retrato se me apareció mentalmente y con total claridad; así eran las cosas: mi seguridad y mi autoestima dependían del hecho de que la gente me aceptase. Trabajaba intensamente y a todas horas para ganarme su aprobación, y lo cierto es que conseguía hasta cierto punto gustar a los demás, pero yo ya no me gustaba a mí mismo.

Diagnóstico terminado. Pero, ¿y la terapia? ¿Cómo se curaba mi mal? Tenía que averiguarlo porque con aquel comportamiento era imposible afrontar el cambio que me había propuesto. Quizá serían muchos los que cuestionarían lo que estaba haciendo, los que intentarían persuadirme de que no lo hiciera y harían todo lo posible por demostrarme que estaba cometiendo un error. Dependiendo de la opinión de los demás como hasta entonces, era imposible no dejarme influir por sus palabras y opiniones y mantener mi determinación a seguir adelante con mi proyecto. Si me lo planteaba de esa manera, simplemente no funcionaría. Estaba claro que tenía que cambiar algunas cosas dentro de mí.

Mi primera reacción fue pensar que con un millón y medio de euros en el bolsillo la opinión que los demás tuviesen de mí podía parecerme mucho menos importante. Pero en realidad el dinero era un detalle superficial, y yo quería llegar al fondo de la cuestión. Y enseguida me di cuenta de que el camino no podía ser otro que tener más confianza y creer más en mí mismo. En lugar de buscar la aceptación de los demás, tenía que aceptarme yo. Y cuanto más lo hiciera, cuanto más me aceptara a mí mismo, menos me afectaría dudar acerca de si los demás me aceptaban, y buscaría cada vez menos su aprobación.

Hacía tanto tiempo que funcionaba sin ser yo, que ahora tenía la sensación de no conocerme del todo. Tenía que recuperar mi esencia, mirarme por dentro y redescubrirme. Se me ocurrió hacerlo en un lugar que me permitiese sacar a la luz mi yo más íntimo y personal, y el mejor lugar que me vino a la cabeza fue mi antiguo colegio: allí había aprendido a vivir y había forjado mi amistad con Alberto.

Llegué en cinco minutos. Como era previsible en aquellas fechas, la escuela estaba cerrada. Al pie de la rampa de entrada, una barrera (que no existía años atrás) me impedía el paso.

Me colé. Reconozco que no debí hacerlo, pero lo necesitaba. Salté una tapia desde el parque contiguo y me colé. Paseé por el jardín y me impregné de recuerdos. Y, sobre todo, fui recuperando mi personalidad.

Sentado en el patio (rezando porque el vigilante no me sorprendiera), puse en práctica un ejercicio que me habría dado vergüenza en otras circunstancias: escribí una lista de las que en mi opinión eran todas mis virtudes. No necesariamente

las que mostraba, sino aquellas que estaba convencido de tener, aunque fuera de un modo más o menos oculto. Con la seguridad de saber que nadie la vería nunca, la lista se fue alargando. Aparecían cosas como “honestidad, autenticidad... y sinceridad”. Unos atributos que no ponía en práctica, porque resultaba imposible lograrlo si siempre quería complacer a los demás, y aquella era la verdadera explicación de por qué no me reconocía a mí mismo. Tomé una decisión y llegué a un acuerdo al que incluso le puse nombre: “Pacto conmigo mismo.” Me había propuesto vivir tal como era y a exteriorizar mi verdadero interior a través de mi comportamiento. A quien le gustase, perfecto; a quien no, lo sentía mucho, pero las cosas eran así.

Creía que sería capaz de hacerlo porque con la visita a la escuela había dado ya un primer pasó: empezar a ser sincero conmigo mismo.

Con una sonrisa de ilusión en los labios y convencido de la necesidad de aplicar el “pacto conmigo mismo”, abandoné la escuela por el mismo lugar por donde había entrado y emprendí el camino de regreso a casa. Mis planes, aunque quizá de forma algo desordenada, progresaban. Un par de días antes había descubierto *qué* quería ser. Hoy había decidido *quién* quería ser.

Aquella noche, antes de irme a dormir, recuperé el suplemento inmobiliario del periódico que había comprado por la mañana y lo dejé preparado sobre la mesa de la cocina, al lado de la taza del desayuno.

• * •

Lunes 29 de diciembre

Lo imagino muy luminoso, con techos altos y las paredes desnudas. Lo imagino diáfano, con una gran claraboya y un ventanal que da a un patio amplio. Un espacio donde la gente se sienta tan a gusto que yo pueda retratarles el alma...

Había pasado más de una hora estudiando las ofertas de locales que había en el suplemento inmobiliario del domingo. Rotulador rojo en mano, había marcado tres finalistas. Tres locales que, de acuerdo con la descripción que se ofrecía, podían ser una buena opción. Empecé por el que se ubicaba en el Putxet, porque se encontraba relativamente cerca de casa. Sin embargo, cuando lo vi no me gustó en absoluto. No era nada acogedor y se me hacía imposible imaginarlo como mi estudio de fotógrafo. La siguiente visita fue al barrio del Poblenou, y a diferencia del caso anterior, me enamoré del local en cuanto entré. Estaba bastante lejos de casa, pero a mí me pareció ideal. Exactamente tal y como lo había imaginado. Lo ofrecían en venta o alquiler. Lo quería comprar, lo tenía claro. Conseguí que me lo reservaran hasta después de Reyes, cuando estaría en disposición de abonar el primer pago. Salí de la visita con una ilusión desbordada y el plano del local en las manos. En casa, tranquilamente, empecé a distribuir el espacio: el plató, la oficina, una pequeña cocina, el lavabo... Aquel estudio materializaba mi sueño. Era realmente el principio de mi segunda carrera profesional.

Pasé el resto del día delante del ordenador definiendo el plan de negocio; una cosa es tener un sueño y otra muy diferente pisar con los pies en la tierra y conseguir que los números salgan. Calculé inversiones, previsiones de ingresos, gastos... Poco a poco me ponía manos a la obra y, aunque sentía algo de vértigo (muy comprensible después de tener una vida de asalariado durante catorce años, con

la seguridad y estabilidad que esto implica), era muy consciente del entusiasmo que me producía el proyecto.

Por la noche salí a dar una vuelta. Llevaba demasiadas horas encerrado en casa, haciendo números. El plan de negocio se sostenía porque, entre otras cosas, toda la inversión era con capital propio, sin ningún tipo de endeudamiento. La elaboración del plan había disparado mi excitación, sentía mi sueño rozando la punta de mis dedos. Sin embargo todavía tenía que atar muchos cabos.

Caminando de nuevo sin rumbo, retomé las reflexiones del día anterior sobre la cuestión de ser yo mismo y dejar de actuar para conseguir la aceptación de los demás. Aquel “pacto conmigo mismo”...

Tenía que ser capaz de mantener el compromiso, la determinación, y no dejar que todo aquello fuese solo flor de un día, como había sucedido en otras ocasiones, cuando había intentado cambiar las cosas y el compromiso se había desvanecido poco después. En cuanto aparecía el primer obstáculo, tiraba la toalla, una opción que ahora no me podía permitir. Me daba cuenta de que día tras día iba a encontrarme con multitud de situaciones que pondrían a prueba mi determinación, y tenía que ser capaz de mantenerme fiel a mi pacto y a todas mis decisiones. En pocas palabras, tenía que demostrar integridad.

Intentando cerrar el círculo sobre qué significaba “ser yo mismo”, llegué a la conclusión de que la condición de millonario comportaba un gran riesgo que debía controlar. Y el riesgo era perder de vista la realidad. Había visto a demasiadas personas a quienes les había ocurrido, y que terminaron experimentando un gran cambio a pesar de no ser conscientes de ello. Me daba miedo que me pasara lo mismo a mí sin darme cuenta. Temía dejar de mirar a la gente de tú a tú, no dedicar tiempo a los pequeños detalles, dejar de valorar a los demás por estar demasiado centrado en mí mismo.

Lo anoté en mi libreta con grandes mayúsculas: “INTEGRIDAD, HUMILDAD.” Para tenerlo siempre presente.



Martes 30 de diciembre

Atravesamos una gran manta de nubes, suavemente, sin sacudidas, y aparecemos en un escenario azul, con un sol radiante, y a nuestros pies solo algodón. Estoy volando hacia París, como hace quince años. Con la misma sensación de estar cometiendo una pequeña locura. Con la misma ilusión. Aquella vez perseguía una relación. Esta vez solo quiero saborear mi nueva vida.

Se acercaba fin de año y mi plan todavía estaba algo lejos de completarse. Al ver, calendario en mano, que no podría cobrar el premio hasta el lunes 5 de enero (el día 2 caía en viernes y era puente) decidí que me concedería a mí mismo una prórroga. Necesitaba más tiempo. La reflexión era intensa y no quería correr ni caer en el error de imponerme a mí mismo plazos irrealizables, como solía pasar. Si lo hacía, ¿qué había aprendido?

Liberado del compromiso de terminar mi plan en las siguientes cuarenta y ocho horas, decidí comportarme como el millonario que era y cometer una pequeña excentricidad. Reservé un billete de avión por internet (en clase *business*, por supuesto) y me fui a pasar el fin de año a París. Llamé a Véronique, una antigua compañera de estudios del último año de carrera, y ella no tardó ni un minuto en invitarme a su casa. Y así, con una bolsa de mano y una gran caja de bombones (mi amiga adora el chocolate) me fui al aeropuerto.

Debido a mi trabajo había tomado aquel vuelo muchas veces. Cuando me fijé en la colección de ejecutivos con americana y corbata que entraban conmigo en el avión me invadió una fuerte angustia. Realmente tenía que cambiar de vida y huir de todo aquello lo antes posible.

El avión es uno de mis lugares favoritos para reflexionar. Cuando estoy allí arriba tengo la sensación de haber huido del mundo por unos instantes, de encontrarme fuera de la realidad terrenal, lo cual me ayuda a verlo todo con más perspectiva. Una vez sentado, pensé que París era una ciudad que me encantaba, me parecía sencillamente fascinante, pero me preguntaba por qué la había escogido de forma impulsiva como destino de aquella aventura. Después de darle vueltas durante un buen rato lo comprendí. Tenía ganas de cometer una pequeña locura, pero para hacerlo había ido a buscar el refugio y el calor de una vieja amistad. Y es que soy de esa clase de personas a quienes les gusta estar con gente. Lo descubrí hace mucho tiempo, cuando me fui a Nueva York completamente solo de viaje de final de estudios. El segundo día ya hubiese pagado por poder hablar con alguien a la hora de comer. Sí, me gusta la gente. Me gusta rodearme de amigos. Pero, paradójicamente, en los últimos tiempos me estaba quedando cada vez más solo.

Ahora que estaba a punto de iniciar una nueva etapa, esto también tenía que cambiar. La reflexión abría un nuevo capítulo en el plan: tenía que decidir cómo podía tener buenos compañeros de viaje en mi nueva vida. O, dicho de otro modo, *cómo podía poner orden en mis relaciones.*

No tuve tiempo para nada más. El comandante anunció el inicio del descenso y aterrizamos en París tras unas cuantas vueltas en redondo sobre la vertical del aeropuerto, a la espera de que nos diesen permiso para tomar tierra.

Como no había quedado con Véronique hasta la hora de cenar (a la hora francesa, claro), tomé el metro y me dirigí al centro de la ciudad. Estaba tan ilusionado como la primera vez que había paseado por aquellas calles, hacía quince años. Entonces me encontraba en la recta final de mis estudios y tenía todo el futuro por delante. Y ahora, de alguna manera, revivía la sensación de volver a empezar, pero con la ventaja de la experiencia vivida y con la esperanza de no cometer los mismos errores.

Pasé unas horas paseando por el centro, disfrutando de la conciencia de saber que estaba allí porque yo quería, porque me apetecía, sin ninguna tarea concreta que hacer. Me proponía, simplemente, vagar arriba y abajo por las calles, dejándome seducir por aquella maravillosa ciudad.

Cuando empezó a oscurecer, tomé un taxi para dirigirme a casa de mi amiga. Por el camino pensé en la excusa que daría a Véronique para justificar mi repentina visita. No quería hablarle del premio ni de mis planes, era demasiado pronto para hacerlo. Así pues, ¿qué explicación transitoria podría darle? Lo mejor que se me ocurrió fue argumentar la “típica descompresión del ejecutivo estresado”. Lo había visto hacer un montón de veces: dejarlo todo unos días y desaparecer en una improvisada escapada. Sí, Véronique lo entendería perfectamente.

Fue un reencuentro entrañable. Ella me presentó a los miembros de su familia que no conocía: su segundo marido y dos de sus cuatro hijos. No sé si acabó de creerse el motivo de mi viaje (me lo preguntó varias veces durante la noche), pero, sea como sea, pasamos juntos una velada agradable. Su marido resultó ser una persona encantadora (se esforzó pacientemente para entender mi terrible francés que a medida que transcurría la noche y corría el champán no hizo más que empeorar), y mi amiga y yo rememoramos largamente la época de estudiantes. Me da la impresión de que a los dos nos apareció el recuerdo de aquel primer viaje quince años atrás. Un viaje que yo hice por ella, pero del que no salió nada. Ahora, viendo el camino que habíamos seguido cada uno de nosotros, tenía claro que nuestro destino no era estar juntos.

Me fui a dormir consciente de que tenía tareas pendientes. Sabía que me importaban mucho las relaciones con los demás. Por lo tanto, tenía que decidir qué haría para reconducir algunas de las que no quería perder por nada del mundo.



Miércoles 31 de diciembre

Estoy esperando a Susanna en la puerta de la tienda. Mientras ella busca y se prueba toda clase de piezas de ropa, yo aprovecho el tiempo para distraerme con la ciudad. Me fascinan los edificios, las calles, la gente. Cuando ella sale, continuamos la ruta. El Louvre nos espera. Llegamos a la gran pirámide de vidrio y, de repente, todo se esfuma, se oscurece...

Me costó situarme. Estaba en París, en la habitación de invitados de la casa de Véronique. Acababa de soñar con una visita a la ciudad en compañía de Susanna. El subconsciente volvía a jugar conmigo. Probablemente Susanna era la persona con la que me hubiera gustado compartir aquel viaje. Y habría podido hacerlo si yo no lo hubiera estropeado todo... En cualquier caso, estaba allí, dispuesto a pasar un fin de año muy especial y a dejarme llevar por aquella manera de improvisar y de tomarme la vida.

Después de levantarme, como mi amiga tenía trabajo y una familia de la que ocuparse, me fui muy temprano a pasear yo solo. Me dirigí directamente al embarcadero de los Bateaux Mouches y embarqué —como uno más de los cientos de turistas— en uno de los barcos que recorren el Sena arriba y abajo, desde la estatua de la Libertad hasta Nôtre Dame. A pesar del frío que hacía me quedé fuera, en las sillas de cubierta, disfrutando de la navegación. Siempre me ha fascinado la perspectiva de la ciudad desde el río. Como no podía ser de otra manera, fotografié todo cuanto se me puso por delante.

Cuando las manos se me empezaron a congelar, hice una pausa en el reportaje y, esta vez sí, cómodamente instalado en la cabina cerrada del barco, me decidí a centrarme en mis tareas pendientes. Tenía que hacer algo con respecto a mis relaciones. El sueño de Susanna era, sin duda, un aviso.

Decididamente, amaba estar acompañado de personas. Pero mi vida social y mis relaciones no pasaban por un buen momento. En los últimos años había estado tan concentrado en mi trabajo y en mí mismo que había descuidado totalmente a la gente que me rodeaba. Nunca tenía tiempo suficiente, siempre había otras prioridades. Además, también me daba cuenta de que había sido un compañero de viaje incómodo. Susanna me lo decía continuamente en la última época en que estuvimos juntos. Me dedicaba a señalarle constantemente sus errores y a ser desmedidamente exigente, a la vez que volcaba en ella todas mis decepciones y frustraciones.

Había desatendido las relaciones más valiosas y, paradójicamente, habían aumentado de forma progresiva las de puro compromiso. Una vez más habían pagado justos por pecadores. Había prestado más atención a los de fuera que a quienes tenía más cerca. Había prestado más atención a las relaciones de compromiso que a las de franca amistad. Debía arreglarlo con urgencia de una u otra manera. Tenía que pensar cómo recuperar a las personas con quienes quería recorrer mi nuevo camino.

Al bajar del barco mi cabeza no paraba de dar vueltas en busca de respuestas. Como en el sueño, intenté visitar el Louvre para hacer una pausa, pero la larguísima cola de inalterables japoneses y de ruidosos italianos hizo que desistiera. Ante la inminencia de mi futura condición de millonario, tuve la certeza de que habría nuevas ocasiones de volver allí. En el mismo recinto del museo localicé un confortable café donde me instalé para intentar cerrar aquel importante capítulo de mi plan.

Me daba cuenta de que, como parte de mi nueva vida y de manera absolutamente prioritaria, tenía que cuidar y mimar las relaciones con aquellos a quienes amaba porque eran mi bien máspreciado. Me brindaban la oportunidad de dar afecto y, al mismo tiempo, recibirlo; de dar apoyo y sentirme apoyado; de crecer y ayudar a crecer; de disfrutar y hacer disfrutar. Tenía que reservar mis mejores momentos para ellos, y dedicarles lo mejor de mí. Pero, al mismo tiempo, también veía que era imposible aplicar este principio con todo el mundo, porque requería demasiada energía y, me gustase o no, no disponía de tanta. Era plenamente consciente de que en el pasado había intentado sellar compromisos de amistad con demasiadas personas, compromisos que, con el paso del tiempo, no había sido

capaz de cumplir en absoluto. Y justamente aquello también había hecho mella en mis relaciones.

Si quería dedicar tiempo que ser selectivo y atención a mis relaciones, profundizar en ellas, tenía que ser selectivo. Y debía tener mucho cuidado a la hora de escoger a mis compañeros de ruta. Solo podían entrar las personas con las cuales me encontrara realmente bien, con las que conectara y me ayudaran a crecer. Las personas que también se encontraran bien conmigo y a las cuales yo pudiera ayudar a crecer. Irremediablemente, tendría que dejar algunos compromisos en el camino.

Recordé el premio y no pude evitar pensar que probablemente ahora tendría “nuevos amigos”. Amigos interesados en mi nueva situación. Pero lo tenía muy claro: esta clase de gente no tenía lugar en mi nueva vida.

A media tarde, con la firme determinación de poner orden en mis relaciones, volví a casa de Véronique para ayudarla a preparar la celebración del fin de año. Había organizado una cena con amigos, a la cual yo también estaba invitado. Y volvimos a pasar una noche encantadora. Como siempre, me costaba expresarme en su lengua, pero, curiosamente, cuando fui consciente de que estaba haciendo aquello que deseaba, perdí toda mi vergüenza. Me dejé llevar con la intención de pasar un buen rato, reír y disfrutar; procuré explicarme lo mejor que pude, gozando en todo momento de la hospitalidad que me ofrecían aquellas personas.

Llegó la medianoche y las campanadas me parecieron extrañas, con la Tour Eiffel como escenario, en lugar de la barcelonesa Torre Agbar. *Bonne année!*, se oía por todas partes mientras resonaban los besos. *Bonne année!*, respondía todo el mundo. Si hubiesen sabido el buen año que tenía yo por delante...

• * •

Jueves 1 de enero

“Año nuevo, vida nueva”. Por primera vez, entiendo el significado del refrán. Y es que nunca había empezado un año de aquella manera, con la sensación de estar iniciando realmente una nueva vida, la vida que yo he elegido.

Me levanté tarde, como todos en la casa, y no estaba precisamente en mi mejor forma. El champán había hecho estragos. En cuanto me vio entrar en la cocina, Véronique me advirtió de la inminente nevada que anunciaban todos los medios. Si quería volver a Barcelona tenía que hacerlo enseguida. De otro modo me arriesgaba a quedarme atrapado en París hasta quién sabe cuándo. Preparé la bolsa en un momento, me despedí de mi amiga, le agradecí su hospitalidad, y salí disparado hacia el aeropuerto para tomar el primer vuelo que me devolviese a casa. En el momento de decir adiós ella me confesó que había algo en mi visita que no acababa de entender, pero que sentía una gran envidia por el hecho de haber podido actuar de aquella manera, impulsado por necesidad de dejar atrás el trabajo. “Antes no eras así”, me dijo. Antes no era millonario, pensaba yo por dentro.

Encontré billete en un vuelo de Air France que salía al cabo de poco más de una hora. En el aeropuerto la nevada era cada vez más intensa. El avión fue uno de los últimos en despegar antes de que decidieran cerrar el tráfico aéreo. Me pude ir de allí por los pelos.

Éramos cuatro gatos, así que tenía toda una fila de asientos para mí solo. Mientras aguantaba las sacudidas del avión que cruzaba la tormenta (quién me ha visto y quién me ve... ¡Con el miedo que me había dado siempre volar!), hice balance de mi “escapada”. Había sido sin duda fantástica, sobre todo por la sensación de vivir el momento, dejándome guiar por mis impulsos, sin excusas ni justificaciones.

Y también porque me había permitido aclarar un capítulo esencial de mi plan: el orden en mis relaciones.

Gracias a las reflexiones parisinas, ahora sabía que tenía que recuperar a las personas a quienes quería, pero quedaba un cabo suelto: ¿qué podía hacer con aquellos hacia los cuales guardaba algún tipo de resentimiento? Porque a mi alrededor había –como le pasa a todo el mundo, supongo– personas con las cuales no me sentía bien, personas que me habían hecho daño o que, simplemente absorbían mi energía o me contagiaban malas vibraciones. ¿Qué tenía que hacer?

Estuve un buen rato pensándolo. Rememoré algunos de los últimos conflictos que había vivido y recreé mentalmente muchas de mis propias reacciones. Y, de repente, recordé algo que en su momento, cuando lo descubrí, me había impactado profundamente: en cuanto sientes rencor hacia alguien lo situas en el centro de tu vida. Está contigo mañana, tarde y noche, y no dejas de pensar en él... No. En mi nueva vida no había espacio para nadie a quien no quisiera. Desde aquel mismo momento, decidí desprenderme de cualquier resentimiento. Sin pasar cuentas, sin contrapartidas, por el simple motivo de no concederles más espacio dentro de mí. El 1 de enero de un año tan importante como aquel no era el momento de guardarle rencor a nadie.

A medida que me decía todo aquello a mí mismo, empecé a darme cuenta de que la reflexión podía ir más allá. No tenía claro si había gente que me hubiese hecho daño de verdad o si era yo quien, necesitado de “culpables”, los responsabilizaba por mi malestar vital. No tenía claro que hubiese ningún malo en la película. Podía ser que, simplemente, hubiese personas a las cuales yo no veía con buenos ojos.

Las virtudes y los defectos son dos caras de una misma moneda. Y con muchas personas yo siempre estaba demasiado empeñado en ver siempre solo la cruz. Todos tenemos una cara positiva y todos la acabamos mostrando más tarde o más temprano. Con aquellos a quienes no les vemos la cara es cuestión de esperar, de darles tiempo y abrir bien los ojos. Tenía que buscar y encontrar lo mejor de cada persona. Y no lo tenía que hacer por ellos, sino por mí, para acostumbrarme a percibir a los demás en positivo, y así, disfrutar de verdad de todas las relaciones.

Me parecía que todo aquello era muy importante. Aquella visión de las cosas me permitía cerrar de forma natural bastantes conflictos que todavía llevaba dentro. Y, además, me podía ayudar a no caer en nuevos conflictos en el futuro, porque con aquella actitud dejaría de reaccionar y recuperaría el control sobre mi comportamiento.

Aterrizamos en Barcelona. La temperatura era considerablemente fría, pero hacía mucho mejor tiempo que en París. Fui directamente a casa. Necesitaba una buena siesta. Cuando me desperté, era noche cerrada. La aventura había sido fantástica, pero yo ya no tenía ni la edad ni la energía de hacía quince años...

• * •

Viernes 2 de enero

Siento el tacto de la arena en los pies, el viento suave en la cara y, con los ojos cerrados, escucho el rumor de las olas que rompen en la playa. Tengo todo un espectáculo a mi alcance, lo intento captar con todos sus matices. Acabo de empezar a despertar mis sentidos...

Salí a la terraza muy de mañana, atraído por el espectacular color rojizo del cielo que anunciaba la salida del sol, y a pesar del aire fresco me quedé allí un buen rato. El espectáculo era fantástico. Cuando el sol ya apuntaba en el horizonte, entré en casa. Tenía trabajo. El lunes cobraría el premio y tenía que ir cerrando todo el proceso.

Había reflexionado sobre el orden vital, sobre el tiempo y sobre mí mismo. Lo había hecho también sobre mis relaciones. Pero aquella magnífica salida del sol, que seguramente se repetía casi cada día sin que yo me fijase en ella, me hizo pensar que por lo menos me quedaba un capítulo más que abordar: mi manera de ver la vida, es decir, mi actitud. Decidí que el mejor lugar para reflexionar era el mar. Envuelto en mi paisaje preferido, podía inundarme de sensaciones y meditar.

Me fui a Pals, un entorno que conocía muy bien. El día era radiante, aunque un poco frío. Había restos de mar de fondo debido a la fuerte tramontana de los días anteriores, que ahora soplaba muy suavemente. Me senté en la playa y me abandoné a la naturaleza.

Estaba recuperando una sensibilidad que sentía perdida del todo, como anestesiada. Hacía tanto tiempo que estaba ofuscado en mi mundo que era incapaz de prestar atención a lo que me rodeaba y percibir toda su belleza. Ahora quería

recuperar la capacidad de fijarme en las pequeñas cosas. El cielo, el mar, el viento, el paisaje... Todo lo que me rodeaba.

Las angustias y las preocupaciones se habían convertido en mi centro de atención y no habían permitido que quedase espacio para nada más. Me había perdido un montón de cosas que tenía muy cerca, a mi alcance. Era la hora de cambiarlo, de volver a abrir los ojos a la vida, de fijarme en la belleza de las cosas más cotidianas, de captar la belleza que hacía tiempo que no veía. Y de aprovechar todas las oportunidades que dejaba pasar de largo. Mientras lo pensaba, sentía el rumor de las olas y veía cómo se formaban en el horizonte las primeras nubes.

Durante mucho tiempo había mirado la vida como si se tratase de un constante problema que había que resolver, en lugar de abordarla como un misterio por vivir. Tenía que volver a confiar en su capacidad para sorprenderme, para conspirar a mi favor y brindarme las mejores oportunidades. Lo que me había pasado era una prueba de ello: todo había empezado con una periodista que me había citado en un bar, donde encontré a un singular personaje que vendía lotería, que a su vez compré empujado por un impulso... Todo por pura casualidad. Accidentalidad positiva. Juegos del destino. Casualidades que habían jugado a mi favor y me habían ofrecido su gran regalo.

Paseé hasta la Gola del Ter, sin prisas, captando mil matices en un paisaje que había visto miles de veces pero que ahora descubría por primera vez. Disfrutaba intensamente del momento, pero al mismo tiempo me sentía extraño. Era viernes, día laborable para mucha gente, y yo, en cambio, estaba allí, disfrutando... Esto hacía que me sintiera un poco “delincuente”, como si lo que estaba haciendo no fuera correcto.

Aquella sensación hizo que descubriese que en los últimos años también había perdido la capacidad de saborear muchos placeres legítimos de la vida. Mi “secuestro vital” me convertía, en momentos como aquel, en presa de los remordimientos. Aquello también tenía que cambiarlo para disfrutar de todo cuanto se me ofrecía. Como si retrocediese muchos años en el tiempo, tenía que volver a sentirme como un niño y, así, disfrutar de lo que la vida ponía a mi alcance. Sin justificaciones, sin plantearme nada más.

Del mismo modo que había sido capaz de disfrutar intensamente de la comida de Navidad con mi familia y que me había sentido bien haciendo realidad, por primera vez, una ilusión como la del velero, tenía que poder saborear cada momento.

Me acerqué a Palamós para comer unas tapas. Al terminar, el sol se puso enseguida, y el frío y la humedad lo relevaron, momento en el cual decidí volver a casa.

De camino hacia Barcelona, pensé que, además de cultivar nuevas actitudes, también tenía que deshacerme de algunas. Tenía que quitarme de encima determinadas rutinas y ser capaz de escapar de los convencionalismos y de las normas que sutilmente nos dicta el entorno. Yo había caído de bruces en ellas: me vestía como se supone que hay que vestirse; iba a los lugares a los que se supone que hay que ir; realizaba las actividades que se esperaba que realizara... Y todo aquello me estaba esclavizando. Una cosa era hacer algunas de estas cosas porque me apetecieran y otra muy diferente hacerlas porque las hace todo el mundo. ¡Es increíble la cantidad de convencionalismos que la sociedad nos pone delante y que nosotros seguimos con los ojos cerrados! No me proponía adoptar el papel de antisistema ni nada parecido, pero sí quería trabajar mi capacidad de elegir, de entre todo lo que la sociedad me proponía, aquello que encajase mejor conmigo y lo que realmente me apeteciese hacer.

Además, estaba seguro de que si me liberaba de unos cuantos convencionalismos ganaría muchísimo tiempo que podría aprovechar para recuperar o crear nuevos hábitos positivos. Como el deporte, que me convenía volver a incorporar en mi agenda, o revisar mi vida, como hacía ahora, un acto que tenía que dejar de ser puramente ocasional. O, aún más, el de otra gran pasión olvidada: la lectura, a la que me rendí aquella noche hasta caer redondo.

• * •

Sábado 3 de enero

Vuelvo a sentirlo dentro de mí. Él y yo somos viejos conocidos. Se me aparece sin avisar, me atrapa, y a medida que se apodera de mí me hago pequeño, me desdibujo y dejo de existir...

Aquella mañana, de repente, me vi atrapado por el miedo. Me invadió por sorpresa y en el peor momento (solo faltaban cuarenta y ocho horas para hacer realidad mi sueño). De repente me lo cuestioné todo, y todo me pareció equivocado. La fotografía, el cambio de vida, todo. Sentía la necesidad de abandonar y continuar una vida que, me gustase o no, como mínimo conocía perfectamente. Por suerte había sido prudente y todavía no había dicho nada a nadie.

Estuve bastante tiempo atrapado por la angustia, rechazando mentalmente mi nuevo proyecto y aferrándome a la seguridad de la vida actual. Me movía arriba y abajo por la casa, sin control, hasta que me pude sentar en el sofá, respirar profundamente y recuperar poco a poco la serenidad. En cuanto lo conseguí me di cuenta de que no podía ser, que por nada del mundo tenía que volver atrás. Por más conocida y aparentemente segura que me resultase mi vida actual, no me conducía a ninguna parte. Rebobiné la película de los últimos años en el trabajo y enseguida reviví las sensaciones de estrés, angustia y desmotivación. Tenía que poner en marcha mi plan con todas las consecuencias, porque si no lo hacía dejaría pasar una oportunidad que probablemente no se me volvería a presentar nunca más.

Lentamente, sin forzar la marcha, volví a poner las piezas en su sitio. Recobré la ilusión por el proyecto y la confianza en que las cosas irían bien. Pero el episodio vivido no fue en vano. Evidenciaba que había un capítulo importante que todavía tenía que añadir a mi plan: *enfrentarme a mi miedo*. Y aquel era un buen momento

para mirarlo a la cara. El éxito del proyecto también dependía de que fuese capaz de hacerlo.

El miedo había condicionado mi vida. Desde siempre me había consumido una innecesaria e interminable preocupación que me bloqueaba y no me dejaba avanzar. Ahogaba mi vitalidad, mi optimismo, mis ganas de hacer las cosas. Me dejaba sin energía y sin recursos, como me había pasado aquella mañana, después de tantos días de proyectos y de ilusión. Por culpa del miedo, además, me encerraba en mi círculo de seguridad a la vez que dejaba escapar un montón de oportunidades.

Había intentado deshacerme de él y superarlo muchas veces. Pero no lo conseguía. Volvía en el momento más inesperado, con toda su fuerza. Aquella mañana, mirándolo a la cara, me di cuenta de que si no podía quitármelo de encima era porque en el fondo formaba parte de mí. Una parte necesaria, que me protegía y me impedía hacer cosas que comportasen un peligro, pero que, al mismo tiempo, demasiado a menudo me anulaba en lugar de protegerme. La cuestión era que no tenía que deshacerme de él, sino “pactar con él”; dejar que me protegiera, pero solo cuando fuera necesario, ni un minuto antes. Si lo conseguía, aquello suponía un importante impulso para mis planes y mi vida.

Me dediqué a identificar sus signos, las señales de aviso. Si las reconocía a tiempo, podría detenerlo. Hice inventario de mis sensaciones de miedo: el nudo en el estómago, la tensión, la ofuscación, la necesidad de moverme arriba y abajo... Cuando sintiera todo eso sabría que el miedo estaba a punto de hacer acto de presencia. Y entonces podría decidir si lo detenía o lo dejaba salir.

El propósito de sacar provecho del miedo y no ser su víctima tenía que ahorrarme muchos episodios de pánico y a la vez permitirme abordar mayores retos. Tenía que darme permiso para salir del círculo de seguridad en el que me había instalado desde hacía tiempo. En el fondo sabía que era capaz de ir mucho más allá de aquel espacio limitado. Me moría de ganas de explorar mi potencial, y esto quería decir abandonar la seguridad de lo que conocía y mirar más allá, asumir ciertos riesgos para no quedarme estancado.

Tenía la certeza de querer romper aquel círculo. Salir de mi ámbito de seguridad me daría un nuevo impulso. No podía perderme tanto de la vida a causa del miedo, tenía que explorar nuevas oportunidades.

Empecé a pensar en cosas que siempre había querido hacer y que ni siquiera había intentado poner en práctica. Encabezaba la lista era el viaje pendiente a la India, reiteradamente retrasado con mil excusas, pero que en realidad no había realizado simplemente por miedo. Tomé una rápida decisión: me conecté a internet e hice una reserva. Esta vez sí, ni riesgo de enfermedades, ni riesgo en el viaje, ni nada de nada. Acababa de reservar un billete de avión para acostumbrarme a salir de mi círculo de seguridad. Y para, esta vez sí, ser yo quien sorprendese al miedo.

La lista de lo que me proponía recuperar era larga. Había otros viajes y algunas pequeñas aventuras, como la travesía en solitario a Menorca en velero o el trabajo de cooperación social que tanto deseaba hacer. Y, curiosamente, en la lista no solo había proyectos. También incluía conversaciones pendientes que el miedo siempre me había hecho dejar para más adelante.

Decidido a poner límites claros al miedo, y con fechas concretas para el viaje a la India, decidí dar un último paso. La prueba definitiva. Llamé a Susanna y quedé con ella para hablar. Su reacción no fue demasiado alentadora, pero aceptó. Nos veríamos después de Reyes. Estaba convencido de que podía volver a conquistarla. Fuera como fuese, intentarlo ya no me daba miedo.

• * •

Domingo 4 de enero

Soy un águila. Estoy en el borde de un gran precipicio, a punto de emprender el vuelo definitivo. Hago un primer intento de prueba. Vuelo en círculo unos cuantos metros y vuelvo a punto de partida. Ahora sé que quiero y que puedo hacerlo. Cuando me lance será para iniciar el gran viaje, sin mirar atrás y para no volver nunca más...

Estaba a punto de cambiar de vida. Y el extraño sueño me lo confirmaba. Me faltaban veinticuatro horas para emprender el vuelo, para dejarlo todo e iniciar un nuevo viaje. Veinticuatro horas para cobrar el premio y hacer público mi cambio. En el último día de mi antigua vida volví al bar donde había empezado mi reflexión. Era el momento de reescribir formalmente el guión y comprometerme al cien por cien. Lo hice, sin dejar de lado ninguno de los capítulos que había ido explorando desde el 22 de diciembre.

El proyecto, la gestión del tiempo, las relaciones, las actitudes, el pacto con el miedo... Todo quedó fielmente reflejado en el plan.

Lo releí un par de veces en mi libreta. Y aún añadí una reflexión final, porque todo aquello corría el riesgo de convertirse en papel mojado si no era capaz de pasar a la acción. El plan era una magnífica declaración de intenciones, pero, sin acción, ni siquiera las mejores intenciones sirven para nada. La diferencia la marcan los actos. Me sentía capaz de hacerlo, pero lo que hiciera a partir de aquel momento lo demostraría. El plan, pues, se cerraba con el firme compromiso de pasar de las palabras a los hechos desde el primer momento.

Sentía una ilusión desbordante. Lo tenía al alcance de mi mano. Y estaba convencido de que lo conseguiría. Cometería errores, seguro. Sin embargo, si tenía

clara mi hoja de ruta, los errores no podrían detenerme. Intentaría aprender de ellos para mejorar constantemente cada aspecto del plan.

Ante la inminencia del cambio, me asaltó una duda: ¿cómo reaccionaría la gente? Tenía que prepararme, porque no todo el mundo lo entendería. Estaba a punto de dejar un trabajo de directivo con catorce años de antigüedad, con todos los privilegios del mundo, para dedicarme a hacer fotografías. Según como se viera, no era una decisión demasiado sensata. Seguro que muchos, con la mejor de las intenciones, me advertirían de todos los riesgos y me dirían que no tenía futuro, que me iba a ir mal, que estaba haciendo una tontería y que todo aquello no tenía sentido. Era probable que incluso los que más me querían intentasen disuadirme por el miedo a lo que pudiera pasarme. Tenía que prever su reacción, estar preparado para evitar que me cogiesen por sorpresa y me hiciesen dudar. Y tenía que confiar en que otros, a su vez, leyendo la ilusión en mis ojos, simplemente me desearían un buen viaje. Con toda seguridad, eso resultaría de gran ayuda.

Salí del bar con la sensación de estar –ahora sí– preparado. Y era una sensación muy dulce, placentera. Haber identificado mi sueño y haber sido capaz de diseñar un plan para perseguirla me proporcionaba una gran energía.

Había reescrito el guión de mi vida. Tenía una nueva hoja de ruta y me moría de ganas de dar el salto, de empezar a volar. A la mañana siguiente llegaría la gran oportunidad. Mi secreto dejaría de serlo. Mi antigua vida tenía los minutos contados.



Lunes 5 de enero

Me he levantado a las seis de la mañana. Ya no puedo dormir más. Rebusco en las estanterías. Tengo una cita en la cabeza, pero no sé de quién es ni a qué libro pertenece. Por suerte, los tengo todos subrayados. Me cuesta un buen rato localizarla, pero ya la tengo delante: “Descubre tu misión en la vida, así despertarás cada mañana con una reserva ilimitada de energía y entusiasmo...”¹

Lleno de energía y con un entusiasmo increíble, me fui a la oficina. Era mi último día. Había pensado muy bien todo lo que haría. Al llegar me entretuve saludando a mis compañeros. Todos volvíamos de vacaciones y todo el mundo tenía algo que explicar. Pasé un buen rato tomando un café con la secretaria. A ella sí que la iba a echar de menos. A lo mejor le proponía venir conmigo cuando lo tuviese todo en funcionamiento.

A mediodía me escapé un momento. Quería cobrar mi premio. Había previsto volver enseguida y enviar el correo electrónico que ya estaba escrito y guardado en la bandeja de borradores. Decía:

Queridos compañeros, hoy es mi último día de trabajo. Me voy para perseguir mi sueño. He tenido el privilegio de poder estrenar una nueva vida...

Detrás de estas palabras había añadido todos los detalles sobre el premio y mis planes.

Me fui al banco y, después de repetir el ritual de las llaves en la cámara acora-

¹ Robin S. Sharma, *El monje que vendió su Ferrari*, Plaza & Janés, Barcelona 1998.

zada, recuperé los décimos. Al llegar a la administración de lotería, se los enseñé a la empleada del mostrador, que enseguida vio que se trataba de unos décimos del Gordo. Me los devolvió y me hizo pasar al interior. Supuse que habría que seguir algún procedimiento: no se entrega un millón y medio de euros por la ventanilla, a la vista de todos.

Me hicieron pasar a una pequeña sala y entonces apareció el director de la administración. Le entregué los décimos. Los inspeccionó detenidamente delante de mí y a continuación pronunció unas palabras que no olvidaré nunca. Las palabras que hundieron mi sueño y mi vida:

“Siento tener que decirle que estos décimos son falsos. Lo puede comprobar si se fija en el anverso. Les falta el sello y la firma no es correcta. Es lo primero que he mirado, porque ya nos habían avisado. Han circulado unos cuantos últimamente. Unas falsificaciones muy bien hechas que se han puesto a la venta a través de vendedores ambulantes. Ellos no lo sabían. Son víctimas del mismo engaño...”.

Sé que me dijo muchas más cosas, pero ya no las escuché.

Sentí un auténtico ataque de pánico. Todo había terminado. Todo volvía a ser como antes. Volvía a la vida de siempre. A los problemas de siempre. Lo había tenido al alcance de mi mano y en un instante se había esfumado.

Absolutamente desencajado, volví al trabajo y me encerré en el despacho. No tenía ánimos para hacer nada ni para hablar con nadie. Las paredes se me caían encima. Todo me resultaba insoportable. La angustia se apoderó de mí. Pasé un buen rato perdido, sin saber qué hacer. Hasta que decidí intentar superarlo.

Sabía cómo tenía que hacerlo. Tenía que poner en marcha el mecanismo de defensa que había utilizado siempre hasta entonces: recordar mi sueldo, los privilegios y todo lo que tenía a mi alcance. Centré mis pensamientos en todo ello y al cabo de pocos minutos me repetía a mí mismo: “Es un gran trabajo, el mejor que podrás tener nunca.” Pero esta vez la estrategia no funcionaba. Lo había tenido demasiado cerca. Ya había saboreado la nueva vida.

A las cinco y media me rendí. Salí del despacho, incapaz de hacer nada a derechas, y me fui a casa. Todo había sido un espejismo... ¡Menos mal que no se lo había contado a nadie!

Al llegar a casa me di cuenta de que era la noche de Reyes. Todos los años iba a las casetas de la Gran Vía a comprar juguetes para alguna ONG. Aquel año, dadas las circunstancias, había previsto comprar un montón, pero ahora ya no podría ser. De todos modos, decidí ir. Los destinatarios de los juguetes no tenían ninguna culpa de mi decepción y, a pesar de lo que había pasado, siempre podía comprar unos cuantos. Cuando estuve ante un de los puestos oí a mi lado a un joven que recogía juguetes para su ONG y que explicaba lo siguiente: “En una noche como la de hoy intentamos que ningún niño se quede sin regalo. El día de Reyes es el momento en que los sueños de los niños se hacen realidad.” Yo me había quedado sin mi sueño, pero ya no era un niño. Compré cuatro regalos sencillos, como cada año, y se los di. En esta ocasión, sin embargo, la experiencia me dejó un sabor amargo.

• * •

Martes 6 de enero

Es la mañana de Reyes y todo el mundo tiene su regalo. Salgo a la calle, me encanta ver la felicidad que expresan los niños. Yo la he tenido al alcance de mi mano, realmente muy cerca. He estado a punto de poder perseguir mi sueño. Desearía que ellos tengan la oportunidad desde el primer momento. Y desearía que no se equivocaran, como me ha pasado a mí, porque no podrán rectificar.

Todo se había acabado. Mi gran sueño se había cerrado con un cargo de Visa de cerca de tres mil euros, que tendría que cubrir con el incentivo anual. Había sido millonario durante doce días o, para ser más exactos, debería decir que había vivido como si lo fuese. Y sería mi secreto.

Salí a la calle para dar un paseo e intentar superar mi gran decepción. Por todas partes se veía gente feliz, montañas de papeles y cartones en los contenedores y niños correteando cargados de regalos arriba y abajo. Mientras caminaba, noté que llevaba mi libreta en el bolsillo de la chaqueta. La saqué y la miré. Tenía un destino para ella: el contenedor azul. Me acerqué con la intención de tirarla, pero antes de deshacerme de ella quise releer el plan por última vez. Después de hacerlo me pareció que tenía sentido. Estaba bien trabajado. Era un muy buen plan. Me daba pena tirarla. Lo que contenía era el reflejo del enorme esfuerzo de reflexión que había supuesto. Pero al mismo tiempo me molestaba en el bolsillo: me recordaba lo que había podido ser y no fue.

Mientras me debatía entre tirarla o guardarla, y aún con el sabor de la decepción en la boca, de repente abrí los ojos. Volví a leer el plan de arriba abajo. La fotografía, la gestión del tiempo, ordenar las relaciones, las actitudes, perder el miedo... Pero ¿qué tenía que ver todo aquello con la lotería? Y así, una idea

empezó a tomar cuerpo en mi cabeza: ¿cuántas de aquellas cosas no podía hacer sin el premio?

Como el que ve un pequeño punto de luz al final del túnel, repasé el plan punto por punto. Había identificado mi sueño ideal. Era un buen fotógrafo y me encantaba hacer retratos.

Las reflexiones sobre el tiempo eran válidas en cualquier caso. Aunque aquel fuera el único punto que siguiese, marcaría una gran diferencia en mi vida, si bien sospechaba que me tropezaría con la incomprensión en el trabajo.

El orden en las relaciones era imprescindible e irrenunciable. Del mismo modo que el dominio del miedo...

El noventa por ciento del plan era perfectamente factible, fuese millonario o no. Había muy pocas cosas que realmente no pudiera hacer o que tuviese que hacer de otra manera. Quizá variaban los plazos de ejecución. Quizá tendría que pedir algún prestamo. Pero prácticamente la totalidad del plan no dependía en absoluto del premio. Dependía de mí, de mi determinación y de mis ganas de llevarlo a cabo.

La consideración de que ganar la lotería era lo que me permitía poner en práctica mi sueño era un espejismo. Un engaño bastante útil, sin duda, ya que me había empujado a hacer todo el trabajo de reflexión, pero era un espejismo al fin y al cabo. Tenía un buen plan en mis manos y, si quería, podía llevarlo a cabo. El pequeño punto de luz crecía poco a poco; había una salida delante de mí.

Pasando de la profunda decepción a la esperanza, aunque sin llegar a la excitación de unos días atrás, intenté que el plan “aterrizase” en la nueva realidad. Tenía que volver a planificar el negocio y buscar financiación. Pero todo se sostenía con bastante firmeza. Todo... excepto un pequeño detalle: el velero.

Me di cuenta de repente. ¡Había encargado un velero! ¡Ni más ni menos! Y ahora, pisando con los pies en la tierra, me daba cuenta de que no solo lo tenía que “desencargar” inmediatamente, sino que querer comprarlo había sido una gran tontería. ¿Para qué quería aquel barco? ¿Cuántas veces saldría a navegar

en él? ¿Realmente lo “necesitaba” tanto como solía decirme a mí mismo? De repente me di cuenta de todo lo que implicaba: mantenimiento, reparaciones, limpiezas... Un montón de horas de dedicación y de preocupaciones. Al final, ¿quién sería propietario de quién?

Todavía estaba a tiempo de deshacer el compromiso con una sencilla llamada, pero la reflexión hizo que me diera cuenta de que en el plan faltaba un capítulo: *el orden material*. Probablemente lo había pasado por alto dadas las circunstancias (con un millón y medio de euros en el bolsillo no necesitaba demasiadas reflexiones sobre el tema). Pero ahora sin duda se había convertido en un capítulo importante. El orden material también tenía que formar parte del plan.

En los últimos años me había acostumbrado a consumir y comprar muchas más cosas de las que necesitaba. Lo hacía reactivamente, como compensación a la infelicidad profesional, a las largas jornadas de trabajo y la tensión. Todo lo que me permitía consumir era un “premio” a mi esfuerzo. Mirando atrás me daba cuenta de que con mi generoso sueldo me había comprado muchas cosas que se acumulaban en cajones o por los rincones de casa, sin casi ni haberlas estrenado. Cuanto más vacío sentía mi estado de ánimo y mi corazón, más cosas acumulaba.

Ahora que había estado a punto de comprarme nada menos que un velero, me enfrentaba a la realidad de cuán efímera puede llegar a ser la ilusión por las cosas materiales. Nada es realmente tan bueno como nos parecía antes de tenerlo. Y una vez estrenado, la ilusión no dura ni una semana. Me había pasado con mi último coche (de empresa, claro), que había perdido enseguida todo su encanto; con la bicicleta de montaña, que había pinchado hacía tres meses y no me había molestado en reparar. Y todavía podía encontrar muchos más ejemplos. Todo me había parecido imprescindible en el momento de comprarlo o, como mínimo, había estado convencido de que lo utilizaría. Todo me hacía muchísima ilusión. Y el efecto duraba veinticuatro horas. No más.

Pero también había que tener presente la esclavitud que significan las posesiones. Cuantas más cosas tenemos, más trabajo y más preocupaciones. Y yo, precisamente, me había propuesto huir de las preocupaciones... La ilusión de tener el velero quedaba definitivamente enterrada. Lo podía alquilar cuando me apeteciese navegar. Así ahorraría dinero y, sobre todo, muchos dolores de cabeza.

Lo que queremos y lo que necesitamos son –me temo– cosas muy diferentes. Y es un error dejarse llevar por lo que queremos. Los bienes materiales son un gran parche que utilizamos para tapar de manera superficial agujeros muy profundos que se encuentran en nuestro interior. Pero esto no funciona. Los agujeros siguen ahí, hay que taparlos desde dentro.

Empecé a pensar en lo que realmente necesitaba para la nueva etapa que quería iniciar. La verdad, no era mucho. Eran más numerosas las cosas de las que tenía que desprenderme para ahorrarme preocupaciones inútiles que las que tendría que comprar. El orden material pasaba precisamente por el hecho de llegar a este punto y por el de renunciar a la efímera, y por tanto falsa, felicidad.

La sonrisa y la alegría de los niños se me contagiaron. Noté que la cara se me iluminaba. Mi plan estaba más vivo que nunca. Definitivamente, ¡quizá sí que me había tocado la lotería!



Miércoles 7 de enero

Es mi primer día de millonario de verdad. O, como mínimo, así es como me siento. Tengo un plan y cuento con toda la energía del mundo para hacerlo efectivo. No será fácil, pero lo conseguiré. Ahora sí que no hay vuelta atrás. La decisión es más firme que nunca.

Había recuperado la ilusión. Quizás el cambio no sería fácil ni inmediato, pero volvía a sentir que podía llevarlo a cabo. Atrás quedaban el disgusto de descubrir que los décimos eran falsos y las largas horas de decepción que habían venido después.

Me levanté muy temprano y salí decidido a ir a ver el local de Poble Nou. Todavía era clave para mi proyecto y no quería renunciar a él. Después de negociar con la inmobiliaria conseguí rehacer la operación: lo alquilaría en lugar de comprarlo, la cuestión era no dejarlo escapar.

Volví al despacho y envié el correo que tenía pendiente. No era el mismo que había guardado en la bandeja de borradores, pero se parecía. No hablaba de ninguna lotería ni de ningún premio, sino de un cambio vital y de un nuevo y excitante proyecto. En cualquier caso, significaba indudablemente mi despedida. No esperé la reacción de los compañeros. Intuía quién me desearía un buen viaje y quién me prevendría de las dificultades y me haría ver los obstáculos, aunque seguramente podía llevarme alguna sorpresa. Pero no tenía ganas de ser testigo de sus reacciones (o quizá no estaba preparado todavía), así que me hice el escurridizo y me fui a comer. Disponía de toda la tarde para dar las explicaciones que hiciesen falta.

A modo de reconciliación, después de comer volví al bar del Pulitzer. Pedí un café y entonces lo vi en un extremo de la barra. Era el hombre de la mirada inquietante. Si me lo hubiese encontrado veinticuatro horas antes le habría estrangulado. Ahora lo miraba con complicidad.

Se me acercó. Le recordé que le había comprado el último décimo de lotería de Navidad que le quedaba. Y me repitió las palabras de aquel día: “Mi lotería siempre toca...”. Me pareció inútil hablarle de las falsificaciones y explicarle mi historia. Me limité a asentir con la cabeza y regalarle una buena sonrisa. En el fondo no le faltaba razón. A mí me había tocado.

Saboreé el café lentamente. Tenía que reconocer que algunas cosas eran como eran, como el hecho de que el día veinte me llegaría el recibo de la tarjeta de crédito y me tocaría pagar por unos regalos desmesurados para mi familia y por un viaje a París que no me habría podido permitir en circunstancias normales. Pero eran el precio de mi aprendizaje. Y no lamentaba que fuese así.

Cuando volví al despacho, muchos compañeros me esperaban. La sorpresa había sido mayúscula. Algunos no se lo podían creer. Pasé la tarde hablando con unos y otros, recibiendo muchos abrazos de ánimo y, como ya preveía, algunos intentos de hacerme ver las dificultades que comportaba mi decisión. A media tarde, cuando consideré que ya había dado las explicaciones necesarias, volví a casa. Quería disponer de un par de horas para empezar a organizarme y pensar en mi nueva vida.

En cuanto llegué llamé a Alberto y, como le había prometido, lo puse al corriente de todo. Él sería el único que conocería la verdadera historia. Se lo expliqué porque sabía que me guardaría el secreto. Sería una complicidad más entre los dos.

Después de la conversación me puse manos a la obra, y lo primero que hice fue estrenar una nueva agenda. En la vieja había un montón de compromisos de mi antiguo trabajo. Busqué una semana de noviembre al azar y a continuación anoté un aviso con un rotulador rojo: “*Comprar lotería de Navidad.*”

